

# *Paz a Vosotros*

*Un estudio de la base espiritual  
del testimonio cuáquero de paz*



por Sandra Cronk  
(J.A. de Philadelphia)

traducido por Susan Furry  
y Benigno Sánchez-Eppler  
con la colaboración de  
Loida E. Fernández G.

## **Acerca de la Autora**

*La siguiente información fue adaptada de una minuta memorial preparada después del fallecimiento de la Amiga Sandra Cronk por la Mesa Directiva de la Escuela del Espíritu en Agosto de 2001.*

Durante muchos años, la Amiga Sandra Cronk fue una consejera espiritual, maestra, e historiadora de religión. Enseñó cursos de Cuaquerismo, vida espiritual, y vida religiosa comunitaria en el Centro de Estudios Pendle Hill, cerca de Filadelfia, Pennsylvania, EE.UU. En 1990, ella participó en la fundación de La Escuela del Espíritu, un ministerio cuáquero de oración y aprendizaje. La Escuela busca equipar a sus estudiantes para que profundicen su propia relación con Dios, y por consiguiente ayuden a profundizar la vida espiritual en sus juntas e iglesias.

Sandra Cronk creía con firmeza que tanto el ministerio de La Escuela, como las vidas de ella misma y sus estudiantes, debía fundamentarse en la oración y el escuchar por el llamado de Dios. En su vida se reflejó una pasión por Cristo que se extendía a todos que la conocían. Aún cuando su propio cuerpo estaba acosado cada vez más por debilidades físicas, sabía que su ministerio consistía en señalar el camino para descubrir y experimentar a Dios. Mientras su cuerpo se debilitaba más y más, expresó claramente a todos que estaba dispuesta a esperar para entender la manera en que la voluntad de Dios se realizaba, y declaró que su llamado a mayor solitud fue un rendimiento al llamado de Dios. Sandra Cronk falleció en Abril de 2000.

## *Introducción*

El testimonio de paz es una de las características más distintivas de la Sociedad Religiosa de los Amigos. Este testimonio brota de una comprensión profunda de la vida en Cristo. El fruto del testimonio de paz es el amor, manifestado en un sinnúmero de formas: la negativa a participar en actividades militares, la búsqueda de una forma de vivir que no explote el trabajo ni los recursos de los demás, el esfuerzo para construir un orden social, político y económico que sea más justo y equitativo, la entrega abnegada de ayuda a los necesitados.

La raíz de este testimonio de paz es profunda. Se nutre del poder de Dios para transformar y sanar nuestras quebrantadas y alteradas vidas. Se nutre de nuestra experiencia creciente del amor de Cristo y de nuestro deseo de entregar nuestras vidas a la guía del Espíritu Santo. Este testimonio sólo es capaz de producir fruto cuando queda enraizado en su verdadero suelo fértil.

En un mundo que desea ese fruto, pero que no entiende la raíz del testimonio de paz, aquellos que queremos vivir este testimonio deberemos tener mucho cuidado para no sucumbir a la noción de que el fruto pueda existir independientemente de la raíz.

Este ensayo examinará la raíz espiritual del testimonio de paz de los Amigos, con la esperanza de que todos puedan sentirse atraídos al naciente Reino de Paz de Dios.

## *El reino de paz de Cristo*

En un mundo amenazado por la aniquilación nuclear, generalmente se entiende el testimonio de paz como un testimonio social que fomenta la abolición de la guerra nuclear, y en términos aún más generales, la abolición de toda guerra. Esta interpretación se hace más pertinente mientras el mundo se acerque más a un holocausto. Pero el testimonio de paz tiene mucha más profundidad que esta significativa interpretación porque apunta hacia la reconciliación que Dios obra en cada aspecto de nuestras vidas. Lamentablemente con frecuencia vivimos alienados los unos de los otros, nación contra nación, y vecino contra vecino. Muy adentro, tampoco tenemos paz, porque varias partes de nuestro ser luchan entre sí. Explotamos y diezmamos la tierra que es nuestro hogar. Y en el fondo de todas estas luchas se encuentra nuestra separación de Dios. Con el

testimonio de paz respondemos al poder de Dios que difunde la reconciliación en nosotros a todos los niveles.

Nuestra comprensión de paz emana principalmente de la vida y el ministerio de Jesucristo. Su ministerio fue, y es, construir la paz. Este lema permea toda su obra, desde el comienzo de su ministerio público hasta su resurrección. Las primeras palabras que Jesús pronunció a sus discípulos reunidos después de la resurrección fueron, "Paz a vosotros". Aun más, las repitió otra vez, y dijo: "Como me envió el Padre, así también yo os envío" (Juan 20:19-21).<sup>1</sup> Tal como él era pacificador enviado por el Padre, así mandó a sus discípulos a proclamar la paz a todas las naciones. Como parte del cuerpo de Cristo hoy en día, heredamos esa promesa de paz, y también heredamos el mandato de proclamarla por todas partes.

El Evangelio de Lucas deja constancia de la primera acción del ministerio público de Jesús después de su bautismo. En su pueblo de Nazaret, se levantó en la sinagoga, y leyó del libro de Isaías:

El Espíritu del Señor está sobre mí,  
por cuanto me ha unguido para dar buenas nuevas a los  
pobres.  
Me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón,  
a pregonar libertad a los cautivos,  
y vista a los ciegos,  
a poner en libertad a los oprimidos;  
a predicar el año agradable del Señor.  
(Lucas 4:16-21)

Cuando dejó de leer, asombró a los presentes al decir que se había cumplido esta Escritura delante de ellos.

Con estas palabras, Jesús les recordaba la visión de Isaías de un día en que serían rotas todas las cadenas que atan a la humanidad, serían soltados los prisioneros, curada toda enfermedad, aliviados los pobres de la pobreza, y liberados los oprimidos. Para Jesús esta visión era más que una esperanza imprecisa de algo que vendría en el futuro. Era una proclamación

---

<sup>1</sup>Todas las citas bíblicas provienen de la versión de Reina-Valera 1960. Las citas destacadas en el texto son de la autora. Las citas en las notas al pie de las páginas son de los traductores.

del año agradable del Señor para todos los que oyeron tales palabras en aquel día.

El año agradable del Señor rememora el Año del Jubileo de la ley religiosa del Antiguo Testamento. De acuerdo con la Torá (Levítico 25), cada cincuenta años había que condonar todas las deudas, y libertar a todos los esclavos. Hasta a la tierra se le permitía descansar de sus cultivos forzados dejando el campo barbecho. En resumen, había que deshacerse de todas las estructuras sociales opresoras que alejaban a la gente de la tierra misma, y a los unos de los otros. Todos habían de vivir en libertad, armonía, y plenitud. La palabra que abarcaba toda esta visión era *shalóm*, paz.

*Shalóm* es la ausencia de guerra. Pero es mucho más que una visión negativa de la ausencia de combates. Es una visión positiva de un mundo de misericordia, justicia, y rectitud, en el que todos pueden vivir plenamente, de acuerdo con la intención de Dios.

Jesús veía su ministerio como el cumplimiento de esta visión de la paz. "Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia" (Juan 10:10). Jesús experimentó la realidad de Dios inaugurando el reino de paz. El reino ha llegado, declaró. Las enfermedades físicas, las dificultades emocionales, los conflictos entre las personas, los odios entre grupos, y cualquier separación de Dios, todo cede ante la vida nueva y abundante que Dios da.

El ministerio de Jesús manifestó la obra reconciliadora y transformadora de Dios. Por ejemplo, Jesús seleccionó como discípulos a dos hombres de grupos que se odiaban entre sí, y que luchaban por metas sociales diametralmente opuestas. Simón era un celota, dedicado a derrumbar la ocupación romana de su patria, mientras que Mateo era publicano o cobrador de impuestos para el gobierno imperial. Sin embargo, Jesús tenía la certeza de que el amor de Dios vencería aun estos acérrimos odios humanos. Un general del pentágono y un revolucionario marxista que oyeran y respondieran fielmente al llamado del discipulado de Cristo, y se convirtieran en miembros de su iglesia amándose mutuamente, representarían un ejemplo moderno cabal.

Al describir su obra Jesús decía que era un médico que venía a sanar a los enfermos. Los enfermos eran los ciegos y los cojos, pero también los pecadores y los publicanos. Entre los que sanó estaba Zaqueo, el jefe de los recaudadores de impuestos en Jericó. Cuando Jesús llegó a su casa, Zaqueo le dijo que daría la

mitad de sus bienes a los pobres; y si había defraudado a alguno, que le devolvería el dinero cuadruplicado. Jesús exclamó, "Hoy ha venido la salvación a esta casa ... porque el Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido" (Lucas 19:9-10).

Jesús no clasificó los dolores ni las aflicciones que encontró en las categorías restrictivas que tan a menudo usamos hoy en día: aquellos que necesitan médicos, los que necesitan reformadores sociales, los que necesitan psiquiatras. El poder de Dios lo abarca todo. Jesús trajo la paz interior a los que estaban paralizados por sus guerras internas. El evangelio de Lucas relata la historia del hombre que vivía desnudo entre los sepulcros. No aguantaba la compañía de nadie. Al hablarle, Jesús lo curó de su quebranto, y lo dejó con su mente sana. La siguiente vez que la gente lo vio, estaba sentado, escuchando a Jesús. El hombre quiso seguir a Jesús en su jornada, pero en lugar de eso Jesús le mandó volver a su hogar y declarar lo que Dios había hecho por él.

En estas historias de su ministerio Jesús trajo paz y sanidad a sitios donde antes sólo había lucha inútil y dolor. Trajo reconciliación a sitios donde sólo había odio y separación. Trajo integridad y amor a personas cuyas vidas habían estado llenas de dolor, pobreza, y avaricia. Tanto los dañinos como los dañados necesitaban ser sanados y reconciliados. El ministerio de Jesús se ampliaba para incluirlos a todos.

Este ministerio de reconciliación y amor es el testimonio de paz. *Shalom* es tanto el proceso como la meta del resurgente reino de Dios. *Shalom* expresa el poder de Dios que trae integridad y curación a todas las partes de nuestras vidas sufridas y alienadas: nuestras estructuras socio-económicas tan llenas de desigualdad e injusticia, nuestras comunidades plagadas por desacuerdos, nuestras quebrantadas relaciones personales, y nuestras vidas interiores cargadas de culpabilidad. Por encima de todo esto, *shalom* es la restauración de nuestra rota relación con Dios.

### *Cristo: la manifestación del amor redentor de Dios*

Cristo es la ventana por la que podemos ver más claramente el amor redentor de Dios para el mundo. Cuando estudiamos la vida y las enseñanzas de Cristo, vemos algo asombroso de la manera en que Dios obra entre nosotros. En la vida de Cristo, la encarnación del amor de Dios, vemos una interpretación de la paz que trastoca muchas categorías convencionales de las relaciones

humanas. Esta cualidad de mundo-al-revés empieza con su nacimiento. El Hijo de Dios nació en un pueblo pequeño y pobre, Belén. Nació en una familia humilde que no tenía poder económico. Nadie en el pueblo se dio cuenta de su nacimiento. Sólo unos pocos pastores y varios extranjeros distinguidos se molestaron en hacerle honor.

Desde los mismos relatos de la natividad de Jesús, ya se invierten nuestros conceptos sobre cómo el Mesías entraría en el mundo. Si desconociésemos la forma en que Dios obra, podríamos haber esperado que quien viniese a transformar al mundo habría de tener gran poder político, económico y militar. Podríamos haber dado por sentado que el enviado sería miembro de una familia aristocrática en Jerusalén. Hubiéramos caído en tales expectativas porque se nos ha enseñado a esperar que la transformación provenga del ejercicio del poder, generalmente el poder coercitivo y manipulador. Pero Dios nos enseña otra cosa.

Jesús mismo tuvo que lidiar con estas cuestiones. Después de su bautismo, fue al desierto donde el diablo lo tentó a convertir las piedras en pan, a declararse rey, y a echarse del pináculo del templo para que los ángeles lo sostuvieran. Jesús estaba debatiéndose sobre el uso del poder económico, político y religioso, respectivamente, como instrumentos en su ministerio de transformación.

Pero Jesús rechazó estas ideas como tentaciones del diablo, y escogió otra vía que renunciaría a todos los métodos de coerción y manipulación: la senda de la renuncia de poder.<sup>2</sup> Jesús enseñó este camino a todos los que estaban dispuestos a escuchar:

Oísteis que fue dicho: Ojo por ojo, y diente por diente. Pero yo os digo: No resistáis al que es malo; antes, a cualquiera que te hiera en la mejilla derecha, vuélvele también la otra. (Mateo 5:38-39)

Los discípulos nunca entendieron muy a las claras el significado de aquella decisión de Jesús de caminar en la senda de la renuncia de poder. Por ejemplo, en camino hacia Jerusalén, Jesús y sus discípulos pasaron por una aldea de Samaria. Los residentes, al saber a dónde iban, se negaron a ayudarlos. Enojados, los discípulos preguntaron a Jesús si debían mandar que descendiese fuego del cielo y los consumiese; pero Jesús los reprendió. (Lucas 9:54-55)

---

<sup>2</sup> Véase Filipenses 2:6-8, 1 Corintios 1:23-28

Otro incidente parecido ocurrió poco antes de la muerte de Jesús en la cruz. Jesús había venido a Getsemaní para orar, cuando mucha gente, dirigida por Judas, llegó para arrestarlo. Pedro, intentando proteger a su maestro, sacó la espada, y le cortó la oreja a un siervo del sumo sacerdote. Pero Jesús le mandó envainar su espada, y sanó la oreja herida.

Pedro intentaba proteger a su maestro de ser arrestado. Esperaba evitar lo que le parecía un fracaso completo del ministerio de Jesús. Pero Jesús rechazó el poder de la espada para salvar su ministerio.

Durante toda su vida, Jesús rechazó el uso del poder de la coerción y la manipulación, porque ese poder no concordaba con su ministerio. Ahora, frente a la amenaza de muerte, continuó su rechazo de cualquier medio de coerción para salvarse a sí mismo. En lugar de usar tales medios, practicaba el amor. Amó tan completamente que aceptó su muerte en vez de cobrar amarga venganza contra quienes lo odiaban. Más allá de la negación de medidas exteriores de venganza, se negó también a convertirse en el enemigo emocional o psicológico de quienes querían matarlo. Oró a su Padre para que los perdonara, porque no sabían lo que hacían.

En la cruz Jesús deja bien claro el significado de la senda de la renuncia del poder. Con su muerte, nos enseña el alcance de su amor. Frente a la cruz, vemos que el amor de Jesús era su ministerio. La fidelidad absoluta a la voluntad de su Padre requería seguir amando y renunciar al uso de la fuerza para que otros lo aceptaran a él o a su ministerio.

Desde el punto de vista mundano, el amor de Jesús fracasó. Los poderes de la violencia lo derrumbaron. Pero sus seguidores descubrieron que eso no era la verdad. Cristo y su amor no estaban muertos. Cristo había resucitado. Seguía derramando su amor sobre la tierra. Además, la paradoja de la cruz consiste en que allí el amor de Cristo se soltó y fue esparcido de tal manera que sí transformó el mundo. El amor de Cristo rompió los lazos del odio y de la violencia. La senda de la renuncia de poder era, a fin de cuentas, el único poder lo suficientemente fuerte para vencer al mundo.

### *Romper la cadena de la violencia*

Un cuento para niños puede ayudarnos a entender el significado de la cruz a este nivel. Una mañana, el patrón le grita



a su empleado. El empleado se siente agraviado y enfadado. Al volver a su casa, crítica a su esposa. La mujer, resentida, le da una bofetada al niño. El niño, a su vez, le da una patada al perro, y el perro ahuyenta al gato... y así continúa para siempre. El enojo y la violencia siguen atrapando a uno tras otro hasta tener preso al mundo entero.

Este cuentito nos da una visión penetrante de la naturaleza de nuestro mundo. Un país siente miedo, cólera, o ganas de humillar a su vecino. El país de acá ataca al de más allá. A nivel personal, todos conocemos la experiencia de descargar nuestras frustraciones y dolores sobre los hijos, los amigos, aún sobre personas apenas conocidas. También conocemos la experiencia de recibir lo mismo de ellos. Todos estamos enredados en esta cadena de dolor y violencia. Hasta cierto punto, el odio, la amargura, la desconfianza, y el egoísmo también han forjado las estructuras familiares, sociales, políticas y económicas del mundo. Todas estas estructuras quebradas vulneran y desangran nuestras vidas.

¿Cómo romper esta cadena? Si una persona aceptara toda la cólera y dolor de la cadena, sin transmitirlos a nadie ... Si una persona pudiera cargar con tanto dolor, tanta rabia, y seguir amando, se romperían los lazos del odio para siempre. No sólo se rompería la reacción en cadena antes de pasarle el daño a otro, sino que se les daría a quienes ya están enredados, una oportunidad de ser libertados por el poder de tanto amor.

Precisamente eso ha hecho Cristo. Al aceptar y cargar con el odio del mundo y al responder con amor y perdón, rompió la cadena de odio y violencia que tenía atrapado al mundo.

Si Jesús hubiera combatido las fuerzas del mal con el poder coercitivo (económico, político o religioso), es posible que pudiera haber controlado algunas expresiones del odio y de la violencia por un tiempo. Pero a largo plazo, sólo habría aumentado el poder de la cadena para amarrar nuevas vidas. No habría hecho nada para libertar a los que ya estaban atrapados, y por el contrario, él habría caído también en la misma trampa.

Con la muerte de Cristo en la cruz se rompió la cadena, y se adentró en el mundo el reino de paz. Esto no quiere decir que todos ya están liberados del arrastre de sus propias heridas o de su capacidad de herir a otros. Cada uno tiene que responder al amor sanador de Cristo. Pero ya el amor nos fue dado y sigue derramándose, y las fuerzas del mal ya han sido despojadas eternamente del poder de aplastarnos.

La cadena del odio y de la violencia no ejerce su poder sólo por medio de las estructuras mundanales pecaminosas. Mientras que nuestro dolor y egoísmo dominen nuestras vidas, seguimos siendo eslabones de esta cadena. Cuando aceptamos el amor sanador de Cristo y respondemos a su poder transformador, se rompe nuestro eslabón, y empezamos a reflejar su amor para quienes siguen esclavizados por el miedo, el odio y el dolor. Así nos hacemos partícipes en el proceso redentor de Cristo.

### *Entrar en el reino de paz*

El reino de paz es el reino de Dios. El significado básico de esto destaca que entramos en el reino por la gracia y el amor de Dios, y no por nuestros esfuerzos. El reino de paz es una dádiva. No lo construimos por obra de nuestras manos, aunque se nos llama a ser ciudadanos fieles del reino con todo el corazón, toda la mente y todas las fuerzas.

Los primeros Amigos descubrieron esta verdad sobre el reino de paz, y de esta comprensión penetrante surge el enorme poder de su testimonio de paz.

Jorge Fox declaró esta verdad en los primeros días de su ministerio. En 1651, los comisarios de la república le ofrecieron a Fox un puesto de oficial en el ejército. En aquellos días muchos reformadores puritanos creían que Inglaterra sería una república santa si los justos seguidores de Dios pudieran controlar las fuerzas armadas y el gobierno. La respuesta de Fox vino a ser uno de los primeros testimonios cuáqueros sobre la paz:

Les dije que yo vivía en la virtud de aquella vida y poder que quita toda ocasión de guerras, y que ya sabía de donde provenían las guerras: de la codicia, según la doctrina de Santiago. ...insistí que yo había entrado en el pacto de paz que era en el principio, antes de que las guerras y las luchas fueran.<sup>3</sup>

Esta declaración de Fox es un testimonio radical sobre la manera de entrar en el reino de paz. Fox proclamó que él vivía en la vida y poder que quita toda ocasión de guerra. No dijo solamente que la guerra es inmoral y que debemos tratar de no participar en ella. No dijo que el Sermón del Monte prohíbe

---

<sup>3</sup> George Fox, *The Journal of George Fox*, John L. Nickalls, ed. (Cambridge: Cambridge University Press, 1952), pág. 65

luchar o pelear y que debemos obedecer sus preceptos, para así instaurar el reino de Dios. Más bien dijo que él vivía en un poder (el poder de Dios) que extirpaba de su corazón las causas de la guerra. La guerra ya no le era posible, porque ya vivía en el reino de paz, y no porque esperaba establecerlo con sus esfuerzos.

Por lo tanto, el testimonio de paz de los Amigos, desde su raíz más profunda, era una proclamación de que el reino ya se había acercado y estaba a la mano. Era un testimonio del amor y poder de Dios: Dios los había hecho entrar al reino, y llamaba a los demás para que reconocieran la obra de Dios en sus vidas.

### *La paz: símbolo de la obra transformadora de Dios*

La respuesta que Fox dio a los comisarios de la república también era un testimonio extraordinario y evangélico del poder transformador de Dios en su vida, una transformación tan radical que quitaba de su corazón toda causa de guerra. Hoy en día, muchas iglesias tienen frases favoritas para describir la transformación que Dios hace en nuestras vidas. Algunos preguntan: "¿Eres salvo?" Otros preguntan si has tenido una experiencia con Jesús. Algunos dicen que han vuelto a nacer. Fox proclamó que vivía en la vida y el poder que quitan toda ocasión de guerras, y que vivía en el pacto de paz que era en el principio, antes de que las guerras y las luchas fueran. Vivir en el reino de paz se convirtió para Fox en uno de los símbolos de transformación.

¿Qué significa esta transformación en nuestras vidas? Fox dijo que la ocasión de las guerras era la codicia, término que actualmente ha perdido la profundidad de su significado. En términos religiosos, la codicia es cualquier deseo de lo que Dios no nos ha dado, y que por lo tanto no debemos poseer. Fox citaba el libro de Santiago, que habla de las causas de las guerras:

¿De dónde vienen las guerras y los pleitos entre vosotros? ¿No es de vuestras pasiones, las cuales combaten en vuestros miembros? Codiciáis, y no tenéis; matáis y ardéis de envidia, y no podéis alcanzar; combatís y lucháis, pero no tenéis lo que deseáis, porque no pedís. Pedís, y no recibís, porque pedís mal, para gastar en vuestros deleites. (Santiago 4:1-3)

La guerra resulta frecuentemente de la codicia, o del deseo inapropiado (por ejemplo el deseo del territorio o de los recursos

de otro país). La guerra recibe más impulso del miedo, y el deseo de venganza que provocan los primeros actos de codicia.

Lamentablemente, la condición humana suele basarse en el deseo de tener más: más tierra, más riquezas, más seguridad, más poder, más respeto. Al mismo tiempo vivimos con el miedo de perder los bienes que nos parecen la fuente del sentido o gozo en la vida.

La guerra surge o sucede entre naciones, pero también ocurre dentro del corazón, pues nuestro deseo de adquirir más y más nos aleja de concentrarnos en Dios, y hace que enfoquemos nuestra vida en nuestros deseos. "Donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón." (Mateo 6:21)

En lo profundo de nuestro ser sabemos que ninguno de estos tesoros finitos nos da la integridad, la seguridad, el sentido que deseamos. Generalmente nos ponemos más y más frenéticos y fragmentados en nuestras búsquedas de una respuesta.

En su declaración a los comisarios de la república, Fox reconoció que la condición humana general es nuestra separación de Dios, y los unos de los otros. Sentimos miedo, soledad y frustración. Frecuentemente estos sentimientos dirigen nuestros actos en maneras destructivas contra nuestra relación con Dios, contra nosotros mismos, y contra los demás. Esta situación se llama pecado. El pecado nos separa de Dios, cuando rechazamos a Dios para poner en el centro lo que es finito.

Fox proclamó estas Buenas Nuevas: nuestra separación de Dios se puede vencer. La gente puede encontrar un centro en sus vidas que alivia ese constante deseo de tener más. Cuando se encuentra ese centro, se desvanece la ocasión de la guerra.

Fox encontró ese centro para su vida. Después de una búsqueda que duró varios años, oyó una voz interna que le decía, "Uno hay, y es Jesucristo, que puede hablarle a tu condición."<sup>4</sup> Al llegar a esta relación con Cristo, descubrió que su vida fue transformada y que la ocasión de la guerra fue quitada de su vida. Así fue capaz de decirles a los comisarios de la república que no aceptaría entrar al ejército porque vivía en el pacto de paz que existía antes de que las guerras y las luchas fueran.

Fox encontró el mismo poder que transformó las vidas de los que conocieron al Jesús histórico, y entendió que Cristo está vivo,

---

<sup>4</sup> Fox, *Journal*, pág. 11.

y que llama a todos hacia una relación con él. Fox empezó a predicar las Buenas Nuevas en todas partes. Su proclamación es verdadera hoy. La relación con Cristo trae integridad a nuestras vidas. Con la vida centrada en Dios, las relaciones con otras personas y con toda la creación alcanzan su orden correcto y bendito. Por fin estamos libres de la necesidad de engrandecernos o protegernos a nosotros mismos. Entonces podemos ver claramente las necesidades de los demás. Llegamos a ser instrumentos por los cuales el amor de Dios puede tocar las heridas de otros. El testimonio de paz es un testimonio del poder de Dios para transformar nuestras vidas. También es una expresión del amor que manifiesta el poder de Dios.

### *La paz: el poder de Cristo sana*

La paz nos llega como dádiva del amor transformador que Dios nos da en Cristo. La paz es fruto de este don de amor, y también se expresa activamente en el amor que obra en nuestras vidas. Por eso la paz es tanto proceso como meta. Quizás resulte más preciso decir que la meta es, en gran medida, el proceso mismo. La paz no es solamente una visión de un orden perfeccionado de la creación en el cual todas las criaturas viven en armonía. La paz consiste en los actos de amor vivificantes por los que Cristo expresa su cuidado hacia el mundo entero, y por los que nosotros en nuestra medida expresamos nuestro cariño los unos a los otros. Por eso la paz es posible ya, y no sólo al final de los tiempos cuando Cristo sea el todo en todos.<sup>5</sup> La paz es posible ahora mismo, en medio del tumulto y de las luchas, en la medida en que nos hagamos partícipes de ese amor viviente con el que Cristo baña al mundo. Ni el dolor, ni la amargura, ni la violencia pueden apagar este amor. Prevalece aún en medio de nuestros rechazos de Dios. Los dolores y las heridas de este mundo no pueden amenazar el reino de paz. Su presencia o su ausencia nunca se miden por el grado de violencia que nos asedia. Se mide por el inagotable amor de Cristo que derramándose continuamente sobre nosotros, solo requiere nuestra respuesta.

Al entender que el reino de paz ya está presente (al menos como semilla), nos sentimos liberados de ese gran peso que tan errónea-mente hemos llevado encima de ser nosotros los que tenemos que lograr la paz. Queda claro que no creamos el reino

---

<sup>5</sup> 1 Corintios 15:28

de paz por nuestros propios esfuerzos, sino que entramos en el reino de Dios que está brotando en medio de nosotros. Dentro de este entendimiento la desesperación no puede avasallarnos, y el odio jamás puede extinguir el amor de Cristo.

Cuando comprendemos que la paz es el proceso del amor de Cristo en nuestras vidas, también debemos estar conscientes de que no podemos poseer la paz, ni recibirla de una vez y por todas, ni guardarla como premio de nuestros logros religiosos, ni nos hace superiores a los que no están "en paz." Aquellas experiencias religiosas que ayudan a sanar nuestras heridas y nos hacen conscientes del amor de Dios pueden ayudarnos a entrar en el reino de paz. Pero permanecemos en ese reino sólo por medio de una relación continua con Cristo. Nuestra experiencia de ser amados renueva constantemente nuestra capacidad de amar a otros. Sólo mientras Dios continúe morando en el centro de nuestras vidas estaremos protegidos de la tentación de convertir nuestros dolores, miedos, o deseos en motivos primordiales de nuestro ser. Nuestras vidas como hacedores de paz echan raíces en la vida contemplativa, en una conciencia constante y viva de nuestra relación con Dios.

Les extendemos la mano a otros, no porque tengamos todas las respuestas, sino porque conocemos la experiencia del miedo y del dolor, y estamos en el proceso de ser sanados. Hablamos con los que no estén de acuerdo con nosotros, no para condenarlos, sino con ojos que siempre miran hacia la Fuente que sana.

### *Llamados a ser fieles hacedores de paz*

El compromiso con el testimonio de paz surge de nuestra experiencia del amor transformador de Dios. Surge de nuestra ininterrumpida vida de oración y adoración que nutre nuestra relación con Cristo. Pero también surge de nuestra obediencia al llamado profético de Cristo para que obedezcamos fieles a su voluntad a través de nuestra vida en este mundo.

La paz es dádiva, pero no la recibimos por arte de magia sumidos en la pasividad. Sólo recibimos la paz de Dios por medio de nuestro fiel cumplimiento de su llamado. Simón y Mateo, los dos enemigos políticos convertidos en discípulos de Jesús, tuvieron que unirse dentro de un mismo grupo para aprender a vivir juntos día tras día. Zaqueo hizo cambios radicales en su forma de usar su dinero y posesiones cuando Jesús entró en su casa. El hombre de los sepulcros, al ser sanado, accedió a la

sugerencia de Jesús y volvió a su casa para proclamar el poder de Dios a todos.

Nuestro quehacer de paz no puede demorarse hasta que nos sintamos completamente llenos de amor. Sabemos demasiado bien que los sentimientos dan guías muy poco fiables. Dios nos llama al amor obediente aunque no nos sintamos amorosos. Frecuentemente los sentimientos de amor se desarrollan por medio de hechos amorosos. Aunque empecemos pasito a pasito, el amor de Cristo llega a enraizarse integralmente en nosotros solamente después de empezar a dejarlo que actúe dentro de nuestro ser y por medio de lo que hacemos.

La acción requiere que discernamos la voluntad de Dios. Tal discernimiento requiere que enfoquemos la atención en nuestra Guía Interior que nos habla a través de la oración, las Escrituras, la disciplina de la Junta,<sup>6</sup> y las voces de nuestros hermanos en la iglesia. Aprendemos de Cristo qué aspectos de nuestras vidas necesitan sanarse, y cuáles necesitan ordenarse de nuevo. Descubrimos qué cosas debemos abandonar, y cuáles debemos emprender. Probablemente encontraremos que muchos de los patrones de vida aceptados en nuestra sociedad no concuerdan con los del reino de Dios.

El llamado del hacedor de paz puede exigir cambios en nuestra forma de vida cotidiana: por ejemplo, en la manera de ganarnos la vida, en el sometimiento irreflexivo al pago de impuestos para la guerra, en la forma pródiga de adquirir y usar las posesiones. Cristo nos guía a todos hacia la paz, pero nos guía por diversos senderos. Él puede exigir algunos testimonios de todos. Otros testimonios pueden ser solamente para los llamados a ministerios especiales. A uno, Jesús le invitó a que se hiciera parte de su grupo de discípulos, pero a otro le envió a que proclamara el poder de Dios en su pueblo. Tenemos que discernir el llamado particular para cada uno de nosotros.

El llamado de Cristo no tiene que ver solamente con el discipulado en la vida personal. También nos manda a testificar al mundo que nos rodea: la familia, los amigos, la comunidad, y la nación. Es posible que se nos llame a retar por palabra y por obra

---

<sup>6</sup> “La Junta es la congregación y unidad básica de la iglesia organizada por la Sociedad Religiosa de los Amigos.” *Glosario Cuáquero/ Quaker Glossary* Comité de Amigos Latinoamericanos y CMCA (Philadelphia: FWCC, 1995).

a los que siguen el sendero de la violencia y el odio. Es posible que nos convirtamos en testigos de cómo el amor y el poder de Dios brindan una nueva vida a todo el mundo. Es posible que encontremos maneras concretas para ayudar a algunos individuos, y quizás hasta a naciones, a seguir el sendero de la paz.

Estos testimonios exigen conocimiento de las causas específicas de la injusticia y de la guerra en nuestra sociedad actual. Debemos informarnos sobre las estructuras sociales, económicas y políticas que tanto dominan nuestras vidas. El discipulado es obediencia informada, no acción ingenua o ignorante.

No es fácil responder fielmente al llamado de Cristo en estos dos niveles, el de la obediencia personal y el del testimonio frente a los demás. Esto conlleva una lucha porque a menudo nos resistimos a renunciar a nuestra voluntad egoísta. Podemos inventar mil razones para continuar nuestras costumbres habituales. Pero el fracaso siempre nos recuerda que no caminamos en los senderos de la paz por nuestras propias fuerzas. "Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí" (Gálatas 2:20).

### *La Guerra del Cordero*

La primera generación de los Amigos usó la Guerra del Cordero como un símbolo para ilustrar muchos niveles de entendimiento sobre el llamado a ser hacedor de paz y seguidor de Cristo.

La imagen de la Guerra del Cordero se encuentra en el libro de Apocalipsis. Describe la gran lucha cósmica entre Cristo (el Cordero) y las fuerzas del mal y la destrucción. Cristo obra en toda la creación, desafiando y venciendo todo lo que aparta de Dios.

Los primeros Amigos reconocieron que esta lucha sucede dentro de cada individuo que responde al llamado de rendirse ante la voluntad de Dios. Hoy podemos entender lo que los Amigos querían expresar con esta imagen si pensamos en la lucha interior que experimentamos al tratar de concentrarnos y mantenernos en Dios, y no en el trabajo, o en la búsqueda de dinero, o en el deseo de prestigio y poder. En esta lucha se nos llama a todos para que escojamos entre Dios y Mammón.



Sin embargo, esta lucha se extiende mucho más allá de nuestra fidelidad personal. Con nuestra decisión, participamos en la Guerra del Cordero que ya está librándose a todo lo ancho del orden social. El cuáquero Juan Woolman recomendó en el siglo XVIII:

Que examinemos nuestros tesoros, el mobiliario y los enseres de nuestras casas, y la ropa que vestimos, y que escudriñemos si las semillas de la guerra se nutren en nuestras posesiones. La posesión de tesoros en espíritu de egoísmo es una planta fuerte, y su fruto se madura rápidamente. El día de aflicción externa se acerca, y el amor divino nos llama a prepararnos.<sup>7</sup>

Al igual que los primeros Amigos, Woolman sabía que la Guerra del Cordero no se limita a la interioridad del individuo. Cristo lucha contra la injusticia social, política y económica. Las sociedades también son llamadas a que obedezcan la voluntad Dios. El Cordero continuará su lucha mientras que el mundo cargue con personas obligadas a clamar por las necesidades básicas de la vida – alimentos, agua, y ropa – mientras unos pocos derrochan sus recursos com-prando refrescos con químicas dietéticas, pantalones de marca, y lápiz labial hipoalergénico. En la Guerra del Cordero se nos llama a obedecer en ambos aspectos de la lucha: con fidelidad tanto en la vida personal como en la vida comunitaria. Los dos niveles se afectan mutuamente. No es posible cambiar las estructuras sociales sin cambiar también la manera de vivir del individuo, y viceversa.

Nuestra obediencia personal al Cordero se puede convertir en un símbolo de desafío a las fuerzas del mal. La primera generación de los Amigos se enlistó en la Guerra del Cordero cuando se negaron a quitarse el sombrero ante personas de clase alta, cuando se vistieron con ropa sencilla, cuando decidieron cobrar precios fijos en lugar de aprovecharse de las condiciones del mercado, cuando se negaron a pagar los diezmos obligatorios para la iglesia establecida de su país. Estos testimonios no demostraban solamente su obediencia personal al Cordero, sino que también desafiaban las estructuras y actitudes injustas de la sociedad de aquel tiempo.

---

<sup>7</sup> John Woolman, "Plea for the Poor," *The Journal and the Major Essays of John Woolman*, ed. Phillips P. Moulton (New York: Oxford University Press, 1971), pág. 255.

Aquellos Amigos que participaron en la lucha del Cordero sabían que la fortaleza para vencer el mal viene de Cristo, y no de ningún poder humano. Este conocimiento les dio valor para seguir fieles en medio de una desmesurada hostilidad.

Hoy los seguidores del Cordero necesitan el mismo valor. Nuestro mundo se aferra al poder militar como la fuente de su seguridad. El hacedor de paz debe proclamar que la fuerza militar no brinda seguridad. La verdadera seguridad sólo viene de Dios. La dependencia en la fuerza de las armas se ha convertido en un ídolo que usurpa el lugar de Dios en nuestras vidas. En el fondo, la confianza en el poder militar es la confianza en nosotros mismos, y la incomprensión de cómo Dios obra entre nosotros.

Este malentendido no es nuevo. Durante toda la historia bíblica, el pueblo tuvo que aprender y volver a aprender que su fortaleza descansaba en el poder de Dios y no en sus propias fuerzas. El Señor obró de formas inesperadas para derrocar las suposiciones convencionales acerca del triunfo de la fuerza. Por ejemplo, a Gedeón le mandó a reducir su ejército, de 32,000 a 300 hombres, para que al ganar la victoria contra los madianitas, se entendiera de quién emanó la victoria. También, la famosa victoria de Gedeón se logró tocando trompetas y quebrando cántaros para que brillaran las teas, y no por la superioridad de las armas.<sup>8</sup> David, el joven pastor, venció al temible Goliat cuando ninguno de los soldados bien armados del ejército de Israel se atrevía a enfrentarse al gigantesco guerrero.<sup>9</sup> Finalmente, la muerte de Jesús en la cruz reveló cuán profundo es el reto de Dios a nuestra dependencia en el poder y en la fuerza, y cuán extraordinario es el poder del amor de Dios que vence el mal.

La Guerra del Cordero nos conduce hacia el reino de paz, la era de *shalóm*, que abarca justicia, misericordia, y plenitud en la vida humana. Pero, como hemos visto, el reino de paz no existe solamente en el futuro. Existe ya. La Guerra del Cordero destaca que la paz ya está presente recurriendo a imágenes paradójicas, casi escandalosas. Parece disonante y absurdo juntar las palabras "cordero" y "guerra." Cristo es el Cordero. Ya hemos visto que Cristo rechazó el uso del poder coercitivo o manipulador para alcanzar sus metas o asegurar el éxito de su ministerio. Por el contrario, el sufrimiento en la cruz revela el poder verdadero de su

---

<sup>8</sup> Jueces 7:18-20

<sup>9</sup> 1 Samuel 17:4-54

ministerio. Quedamos con la paradoja de la interrogante, "¿Cómo puede un Cordero indefenso librar una guerra?"

La imagen de la Guerra del Cordero nos enfrenta con esta paradoja constantemente. La guerra de Cristo se libra con amor y no con fuerza, con armas espirituales<sup>10</sup> y no carnales. El mundo no comprende la naturaleza de esta lucha.<sup>11</sup> Cristo nos llama, como seguidores del Cordero, a participar en esta insólita lucha con las armas que él mismo usa.

El primer documento público de los cuáqueros que habla del testimonio de paz es la famosa carta al rey Carlos II que se conoce como la "Declaración de 1660". Este documento se refiere implícitamente a la participación de los Amigos en la Guerra del Cordero, mientras que explícitamente rechaza la participación en las guerras en que se usan armas carnales:

Negamos rotundamente ... todas las guerras externas, y luchas, y combates con armas materiales, por cualquier fin y bajo cualquier pretexto. Este es nuestro testimonio ante el mundo entero. ... El Espíritu de Cristo, que nos guía, no es inconstante, y no nos manda hoy a apartarnos de una cosa porque es mala, para después inclinarnos hacia ella. Sabemos con certeza, y testificamos ante el mundo, que el Espíritu de Cristo que nos guía hacia toda verdad, no nos mandará nunca a luchar, ni a guerrear contra hombre alguno con armas materiales, ni por el reino de Cristo, ni por los reinos de este mundo.<sup>12</sup>

Este énfasis en el rechazo de armas exteriores no indica que los Amigos quedaron sin hacer nada, sumidos en la pasividad. Al contrario, indica que los Amigos se ocupaban con otro tipo de lucha. Fox escribió:

Los santos ángeles de Dios son espíritus, y por consecuencia tenían armas espirituales para luchar contra el dragón, y no espadas, mosquetes, picas, ni pistolas carnales. ... ¿Y pensáis que Cristo y sus seguidores usaron armas carnales para hacer la guerra contra la bestia y el profeta falso? ¿Pensáis que Cristo,

---

<sup>10</sup> Efesios 6:10-17

<sup>11</sup> Juan 14:27

<sup>12</sup> Fox, *Journal*, pp 399-400

o el ejército montado en caballos blancos que lo siguieron... tenían espadas externas, y pistolas, y picas, y mosquetes, y escopetas, y cañones, con los cuales vencieron a la bestia y al profeta falso? No: se nos dice que el ejército de Cristo estaba vestido de lino finísimo<sup>13</sup>, y la ropa de Cristo estaba teñida en sangre, y en el cielo ese ejército lo seguía.<sup>14</sup>

### *Librando la Guerra del Cordero*

¿Pero, cómo puede el seguidor de Cristo luchar en esta guerra sin armas externas? La respuesta se encuentra en las enseñanzas de Jesús, que expresan su vida en palabras. Un pasaje del Sermón del Monte describe cómo pueden pelear la Guerra del Cordero los que escogen el bando del Cordero.

Oísteis que fue dicho: Ojo por ojo, y diente por diente. Pero yo os digo: No resistáis al que es malo; antes, a cualquiera que te hiera en la mejilla derecha, vuélvele también la otra; y al que quiera ponerte a pleito y quitarte la túnica, déjale también la capa; y a cualquiera que te obligue a llevar carga por una milla, ve con él dos. Al que te pida, dale; y al que quiera tomar de ti prestado, no se lo rehúses. (Mateo 5:38-42)

Con mucha frecuencia escuchamos estas palabras que generalmente no pensamos en lo que implican para nuestra forma de comportarnos. ¿Qué pasa si alguien nos pega? Las barreras defensivas se alzan en nuestro interior. También a veces nos ponemos exteriormente agresivos. Inmediatamente clasificamos al que nos pegó como antagonista, y cambiamos nuestra forma de tratarlo según lo clasifiquemos. Aunque nos abstengamos de represalias abiertas, no tratamos al "antagonista" como prójimo. Jesús continúa así:

Oísteis que fue dicho: Amarás a tu prójimo, y aborrecerás a tu enemigo. Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen, para que seáis hijos de

---

<sup>13</sup> Apocalipsis 19:13-14

<sup>14</sup> George Fox, "Gospel Truth Demonstrated," Works, Philadelphia: Gould, reprinted 1831, Vol. VI, pp. 167-168

vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y hace llover sobre justos e injustos ... Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto. (Mateo 5:43:46, 48) .

Jesús nos manda a orientarnos para que las barreras defensivas no se alcen cuando alguien nos pega, para que respondamos a la persona hostil, no como enemigo, sino como prójimo. Se nos manda que amemos como Dios ama, derramando sol y lluvia de igual forma sobre buenos y malos.

El Sermón del Monte no nos dice cuál será el resultado de nuestros actos. Pero podemos imaginar que al cerrar nuestro amor hacia un adversario, no habrá posibilidad de cambiar la relación; mientras que al seguir amando se mantiene abierta la posibilidad de una transformación. Es más, si levantamos las barreras defensivas y nos enojamos, ya hemos perdido la Guerra del Cordero. Las estructuras desmoronadas de odio y amargura nos han atrapado. Hemos perdido la guerra porque dejamos de manifestar el abundante y transformador amor de Dios. Si escogemos el amor, el reino de paz ya ha nacido en nuestras vidas. Si escogemos el odio o el miedo, el reino queda bien lejos.

Quizás la aplicación más obvia y natural del mensaje de Jesús sea la reacción del cristiano al problema de armas nucleares. Hay gente que supone que la carrera armamentista nuclear es aceptable con tal que ese arsenal sólo se use como un elemento estratégico en la política exterior de un país, sin que jamás se dispare contra nadie. Pero las palabras y el ejemplo de Jesús nos guían hacia una inter-pretación del amor que hace imposible tanto la amenaza como el uso de estos armamentos. Con sólo amenazar ya nos rendimos a las estructuras del odio y la violencia, y las adoptamos como nuestras. Hemos perdido la Guerra del Cordero.

Pero las palabras de Jesús nos llevan mucho más allá de la acostumbrada aplicación a la guerra exterior, sea nuclear o convencional. Los métodos que el Cordero usa en su guerra interior desafían todos los aspectos de nuestras relaciones con los demás, especialmente nuestra labor como hacedores de paz. Podemos esforzarnos mucho por la paz, hablando con legisladores, diplo-máticos, economistas, sociólogos, ciudadanos comunes y corrientes, y hasta con los miembros de nuestras juntas. ¿Y qué pasa cuando las personas no responden a nuestras súplicas por la paz? A menudo nos sentimos frustrados y

molestos. Nos esforzamos aún más. Instamos a los demás a que respondan, y levantamos barreras defensivas para protegernos. Poco a poco empezamos a clasificar a los que no están de acuerdo con nosotros como enemigos. Y ellos se sienten incómodos, manipulados, y culpables. Todos quedamos enojados. Nadie se transforma. ¡Y nos preguntamos por qué!

Nuestra vida ya no derrama el amor de Dios sobre todos. Nuestra vida se llena de estorbos y resentimientos. Empezamos a medir la paz por el éxito de nuestros esfuerzos y no por nuestro deseo de aceptar y demostrar la paz de Dios en nuestras vidas. Las palabras de Jesús nos llaman a volver al poder y a la plenitud. Cuando consigamos obrar como conductos del amor de Dios, nuestro ministerio podrá llegar a ser un medio para que el Espíritu transformador de Dios obre entre nosotros.

Esta visión de una actitud de mente y corazón que nos capacita para derramar amor aún sobre los que se oponen a todo lo que tanto valoramos, resulta tan insólita, que estamos predispuestos a rechazarla como un sueño utópico. Sabemos que no somos capaces de producir tanto amor en nosotros. Pero la imagen del amor manifestada en el Sermón del Monte no es un mandamiento que tengamos que cumplir valiéndonos sólo de nuestros propios recursos. Más bien, esa visión describe el poder transformador de Dios, quien puede permitir que tal amor reine en nuestras vidas. Nuestra carencia debe dirigirnos a Dios como la fuente de nuestra fortaleza. El amor de Dios se manifiesta cuando vivimos en su poder. Ese amor puede ser un poder real en nuestras vidas sólo cuando estemos dispuestos a obedecer su llamado.

### *La paz: el camino de la cruz*

El testimonio cristiano del amor y de la paz no tiene nada que ver con esa noción secular de tratar bien a los enemigos para que ellos nos traten bien como recompensa. En primer lugar, el llamado al amor fiel abarca mucho más que el llamado a ser amable. Requiere volver la otra mejilla, caminar la segunda milla, aún morir por el "enemigo." Segundo, el amor de Dios no se puede reducir a una técnica para convencer a la gente para que acepte nuestra opinión. El amor de Dios, como la lluvia y la luz del sol, se derrama sobre justos e injustos. No es una táctica para que los otros se tornen amables. Tercero, el testimonio cristiano de paz no supone ingenuamente que el amor transformará a la persona hostil inmediatamente. En realidad, la decisión de actuar

por amor puede aumentar la agresión del adversario, quien bien puede verla como una oportunidad de vencernos. Además, al escoger la paz podemos estar desafiando las más firmes convicciones de nuestros amigos sobre la forma de vida correcta. Volver la otra mejilla puede contradecir sus ideas establecidas sobre cómo lograr la seguridad y la buena vida, y este desafío puede convertir a nuestros amigos en adversarios.

El llamado al amor puede conllevar ese desafío. Para sanar, el enfermo tiene que apartarse de la fuente de la enfermedad, dejar a un lado los remedios inútiles, y pasar por alto falsas medidas preventivas. A veces nos aferramos por miedo, ignorancia, o avaricia a lo que nos enferma, o a lo que no puede curarnos. Incluso llegamos al extremo de rebelarnos contra el médico que nos puede sanar. El buen médico sigue recetando la medicina correcta aunque se enfrente a la hostilidad del enfermo. El hacedor de paz en su función de médico del alma tiene que hacer lo mismo.

A veces la labor del hacedor de paz tiene éxito inmediatamente; a veces el resultado inmediato es una sentencia de muerte en la cruz. Tal fue la recompensa de Jesús. Dios no nos promete ningún camino más fácil. Creemos en la victoria final del Cordero porque sabemos que el amor transformador de Dios para con el mundo se reveló precisamente en la muerte de Cristo en la cruz. Por medio de la cruz, el amor de Cristo rompió la cadena del odio, de la amargura, de la muerte. Para convertirse en hacedor de paz, hay que seguir a Cristo hoy, por medio del amor que se entrega a sí mismo en la cruz. El Señor resucitado sigue rindiéndose con amor, y nos guía por el mismo camino. "Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí la hallará" (Mateo 16:25).

### *La Junta como escuela para hacedores de paz*

El reino de paz es, por definición, una visión de la comunidad, una visión de relaciones renovadas: entre Dios y nosotros, entre nosotros mismos, y entre nosotros y el resto de la creación de Dios. Por lo tanto, la raíz espiritual del testimonio de paz está indivisiblemente vinculada con la vida en comunidad.

Quienes responden al movimiento del espíritu de Cristo en sus vidas se juntan en una comunidad de cuidado y ayuda mutuos, y de proclamación. Esta comunidad es la iglesia. Ser escuela para hacedores de paz es una de sus funciones más

importantes. Porque en la comunidad de la iglesia es donde se aprende, se ensaya, y se nutre la paz que Dios nos manda como dádiva.

Pablo se refiere a la iglesia como el cuerpo de Cristo. En la comunidad reunida experimentamos a Cristo, y juntos aprendemos a ser un vehículo para que el poder transformador de Cristo llegue a otros: Nos convertimos en las manos y los pies de Cristo, haciendo su obra en el mundo. Puesto que Cristo, primero que nadie, es el hacedor de paz, la iglesia en sus más profundos cimientos también es hacedora de paz.

Esta visión de la iglesia convence. Pero todos sabemos que nuestras juntas quedan muy lejos de encarnar cabalmente esta visión. Nos reunimos una sola vez a la semana para un período breve de adoración; por eso tenemos pocas oportunidades para imitar a Cristo dentro de la vida comunitaria. No nos conocemos lo bastante como para poder apoyarnos mutuamente. Nos sentimos demasiado alejados de la Verdad en nuestras propias vidas para sentirnos autorizados a ofrecer amonestaciones a nuestros hermanos. Además, tememos que puedan resentir que nos metamos en sus "vidas privadas". Y por último, casi siempre estamos tan ocupados con asuntos personales que no podemos hacer una pausa para examinar si estamos atrapados en una manera de vivir que puede diseminar las semillas de la guerra.

Como consecuencia nos desilusionamos fácilmente con nuestras juntas, y rechazamos el llamado a participar en la comunidad de la iglesia. Mas Cristo está presente como médico para sanar a los enfermos precisamente en los momentos más críticos de necesidad. Él está presente en nuestras comunidades quebrantadas e imperfectas, llamándonos a la fidelidad, presto a sanar nuestras heridas.

La Junta puede ser el camino por medio del cual recibimos la invitación de Cristo para entrar en el reino de paz, al igual que un centro de formación donde aprendemos a vivir en ese reino. Sólo es preciso que los participantes admitan su necesidad, y se comprometan a vivir siguiendo las disciplinas que este centro de formación requiere. Aprender a vivir en el reino de paz requiere tanta disciplina como cualquier otra técnica. Hay que practicar nuevas maneras de vivir. Hay que nutrir nuevas actitudes. Nuevos hábitos tienen que echar raíces.

Vale la pena reflexionar sobre algunas maneras básicas en que la Junta sirve de escuela para el quehacer de la paz, ya que



las raíces espirituales del testimonio de paz reciben de esta escuela gran parte de su sustento.

### *La junta: centro de transformación*

En la Junta encontramos a Cristo y tal experiencia nos transforma. Por supuesto, la Junta no es el único lugar donde encontramos a Cristo, pero sí nos brinda una oportunidad especial para el encuentro. Primero, Cristo nos encuentra en el culto de adoración, y en nuestras oraciones con y por los demás. Segundo, tenemos la oportunidad de imitar a Cristo en nuestro amor y cariño cotidiano. Ese amor se puede expresar en momentos críticos de enfermedad, necesidad financiera, o pérdida. Pero también se manifiesta en formas ordinarias y ocultas. Cuando alguien se siente solo o desatendido, el amor puede ser una sonrisa amistosa y la disposición de conversar un rato. El amor puede ser el cuidado de un niño para que una madre agotada pueda descansar unas horas. Puede ser llevar a un anciano a la ciudad para ver a su oftalmólogo. El amor puede ser un plato de comida para una familia que acaba de mudarse a nuestro vecindario. En nuestro cariño acostumbrado brindamos la caridad de Dios a los demás, y así se sanan las heridas, y se satisfacen nuestras ansias en la plenitud del amor de Dios.

El amor de Cristo nos capacita a amarnos los unos a los otros. Pero aún así tenemos que practicar nuestro amor mutuo. La comunidad de la Junta es una escuela donde practicamos el arte de amar.

### *La Junta: donde se ofrece el perdón*

Aprendemos a amar en el dar y recibir mutuos de la vida comunitaria. A menudo fracasamos. Alguien se siente herido. Surge algún conflicto. Entonces necesitamos perdonar y ser perdonados. Cristo está presente en gran manera donde se practica el perdón. Quizás sea así porque en el amor que perdona hay una profundidad que no siempre se encuentra en el amor que se ofrece cuando no ha habido ofensa.

Jesús dijo "Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos." Frecuentemente, este texto tan recordado se entiende mal, como si hablara de reuniones para la adoración. Pero el contexto del pasaje indica claramente que Jesús hablaba de dos o tres congregados para perdonar el pecado. Inmediatamente después de este verso

encontramos el relato de la pregunta que Pedro le hizo a Jesús, "Señor, ¿cuántas veces perdonaré a mi hermano que peque contra mí? ¿Hasta siete?" Jesús contesta, "No te digo hasta siete, sino aun hasta setenta veces siete" (Mateo 18:20-22).

Esta historia nos ofrece una revelación poderosa sobre la naturaleza del amor fraternal que brindamos y recibimos en la Junta. La participación en la comunidad de la iglesia no requiere que todos siempre podamos amar tan perfectamente que nunca nos enojemos ni causemos ofensas. Más bien, participar en la Junta implica que estamos dispuestos a aceptar la disciplina de aprender a amar. Un aspecto básico de esa disciplina es aprender a perdonar y a recibir perdón. En el perdón yace la semilla del reino de paz. "De la manera que Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros" (Col. 3:13).

### *La amonestación: el sendero para reconciliarnos y sanar.*

Aprender a amar conlleva las disciplinas del cariño y del perdón. También conlleva una disciplina que nuestro mundo individualista y permisivo desatiende y hasta desprecia: la disciplina de la amonestación.

Hoy se usa mucho el término "amor duro" para lo que se debe hacer con familiares adictos al alcohol o a las drogas, o que en otras maneras se comportan de forma destructiva. El término también es apropiado para una manifestación del amor de Cristo en la comunidad de la iglesia. Para sanar, a veces hay que desafiar. Frecuentemente nos aferramos a lo que nos enferma. La Junta tiene la responsabilidad de alentar a sus miembros para que busquen formas constructivas de aconsejar a otros a que dejen los caminos destructivos y sigan los que nos dirigen hacia la vida abundante.

Cuando Jesús habla de estar presente donde dos o tres están reunidos en su nombre, también sugiere cómo amonestar. Si un hermano peca, uno debe ir solo a la persona para ver si el problema se puede resolver. Si eso no sirve, se debe ir con uno o dos acompañantes. Si el hermano todavía no quiere escuchar, se debe llevar el problema a la comunidad entera. En esta situación la meta no es ponerle presión suficiente al "ofensor" para obligarle a que deje de ofender. Más bien, la meta es que todos los participantes estén abiertos a escuchar la voluntad de Dios. El que amonesta tiene que estar presto para que se le indiquen sus propios defectos. Es posible que él también tenga parte de la

responsabilidad por la alienación ocurrida. El propósito de todo el proceso es la reconciliación y la fidelidad renovada.

Las palabras de Jesús nos enseñan que la amonestación es parte del proceso de la reconciliación. No es posible tener el fruto del testimonio de paz sin estar dispuestos a cuestionar y ser cuestionados sobre nuestras formas de vivir que impiden la llegada de la paz.

Aceptar la disciplina de la amonestación implica que reconocemos que las presunciones individualistas de nuestra sociedad no nos guían hacia la Verdad en el reino de paz. No hay tal cosa como partes privadas de nuestras vidas inaccesibles a Dios o a nuestros hermanos. Por supuesto esto no sirve de pretexto para chismoteo. Reconocemos que, en el pasado, esta disciplina no siempre se ha usado correctamente. Pero el mal uso de antaño no da pretextos para pasar por alto uno de los aspectos más esenciales en la escuela del quehacer de la paz. En las generaciones cuáqueras anteriores, las juntas escogían ancianos que habían recibido dones espirituales para la labor de amonestación y reconciliación. Hoy muy pocas juntas en EEUU tienen ancianos que funcionan como tales. Los Amigos debemos examinar de nuevo cómo podemos cumplir con esta disciplina del amor en nuestra generación.

### *La junta discierne la voluntad de Dios*

Otra disciplina para los hacedores de paz que se practica en la Junta es el discernimiento de la voluntad de Dios. Ya se mencionó el significado de esto para el proceso de amonestación, y resulta igualmente importante en todo aspecto de la paz, porque un hacedor de paz debe vivir bajo la dirección de Cristo, fuente de nuestra paz, porque lo que manifestamos en nuestra obra por la paz es su amor.

Discernir la voluntad de Dios es descubrir cómo Dios quiere que vivamos como individuos y como comunidad. El papel de la Junta es importante en ambos tipos de discernimiento.

Hoy en día está aumentando la necesidad de que la Junta busque saber lo que Dios quiere que haga como hacedora de paz. Muchos grupos de Amigos reconocen cuán difícil es vivir una vida pacífica a nivel individual mientras cada uno de nosotros sigue enmarañado en una estructura social que depende de la competencia destructiva, la violencia, el desperdicio de los escasos recursos del mundo, y finalmente la guerra. Sólo se puede

manifestar el reino de paz de Dios cuando se vive siguiendo otros modelos, basados en nuevas estructuras. Vivir en ese nuevo modelo se hace posible sólo en unión con otros. Por eso, nuestro amor se encarna en la realidad al practicar el perdón, la amonestación, y el apoyo mutuo. La sencillez puede ser algo más que un sueño ilusorio cuando los Amigos reunidos desarrollen actitudes y formas de vivir que cambien nuestras expectativas y nos ayuden a compartir nuestros recursos, tanto materiales como espirituales. Así, de una manera humilde la Junta puede arrancar algunos retoños de las semillas de la guerra que ya están germinando en nuestras vidas. Los nuevos patrones de paz que la Junta discierne pueden ser modelos para otros grupos de la sociedad en general. Tanto en las estructuras formales (la junta de acuerdos) como en ocasiones informales (sentados en el patio o en la cocina) debemos considerar juntos lo que significa en nuestra comunidad el llamado de Dios a hacer la paz.

El discernimiento del grupo no se limita a asuntos de la comunidad. También es una disciplina importante en el discernimiento personal. Por supuesto, escuchar al Guía Interior es el corazón de las decisiones personales de cada cual. Pero además, a un nivel fundamental, los miembros de una Junta disciernen como grupo, no sólo como individuos, incluso sobre cuestiones acerca de un llamado personal a hacer la paz. Las voces de los Amigos pueden ayudar a poner a prueba un llamado, haciendo preguntas que no se hayan considerado, o indicando posibles escollos. En generaciones anteriores, los Amigos que se sentían llamados a un ministerio público siempre pedían la aprobación de la junta de acuerdos. Hoy en día se usan más los comités de clarificación para ayudar a los individuos a discernir sus llamados. Pero las presunciones individualistas de la sociedad general han afectado mucho las prácticas de nuestras juntas. Frecuente y lamentablemente, los individuos no entienden su llamado a hacer la paz como parte del ministerio del cuerpo de Cristo en total. Como consecuencia, tanto la comunidad como los individuos sufren un empobrecimiento de su ministerio.

### *El ministerio de la junta a través de sus miembros*

El discernimiento de la comunidad sobre los llamados personales a hacer la paz es una función importante tanto para la Junta como para los individuos que sienten el llamado. Cuando la Junta da su aprobación, reconoce que Dios ha llamado al individuo a esa obra. La Junta reconoce el ministerio como suyo,

y lo ve como parte de la obra de toda la comunidad. Esto enriquece la comprensión que la Junta tiene de su ministerio.

Además, la Junta también comprende que tiene el compromiso de apoyar a sus miembros en sus ministerios reconocidos. Este apoyo puede ser espiritual, emocional, o económico. El apoyo mutuo es muy importante en el ministerio. Los hacedores de paz pueden encontrar la hostilidad de los que se sienten amenazados por su desafío. No es fácil seguir fiel frente a esa hostilidad. Aun dentro de la relativa tolerancia de nuestro sistema político, el testimonio fiel puede acarrear multas, encarcelamiento, u otros tipos de sufrimiento. Por ejemplo, puede ser necesario que las juntas ofrezcan varios tipos de apoyo a una familia que ha hecho una decisión de conciencia al negarse a pagar impuestos para propósitos militares: Acompañar a amigos a los tribunales, visitar oficiales del gobierno, participar en la decisión sobre el uso del dinero que no se pagó, ayudar a las familias y a los prisioneros en casos de encarcelamiento – la Junta puede ser llamada a muchas formas de apoyo a los hacedores de paz contemporáneos. La disciplina de apoyo mutuo es una manera importante que la Junta usa para formar a los aprendices en la escuela de los hacedores de paz.

### *La junta: el cuerpo de Cristo en el mundo*

Muchas de estas disciplinas se ejercen mayormente dentro de la comunidad de la iglesia. Son muy importantes. Pero el testimonio de paz se extiende más allá de la iglesia misma, y abarca el mundo entero. La iglesia es enviada como cuerpo de Cristo, hacia el mundo quebrantado. El testimonio de paz se hace real sólo en la medida en que sirvamos como vehículos del espíritu de Cristo. Donde haya personas encarceladas, donde haya hambre, donde haya enfermedades, donde la gente viva en terror, donde los individuos vivan separados o alienados de sus familias y amigos, donde cualquiera se suicide o destruya su vida con las drogas, donde las comunidades desconozcan el amor de Dios y su llamado a la paz ... allí mismo quiere estar Cristo. Por ser cuerpo suyo, los miembros de la iglesia actuarán como representantes personales de su amor y su cuidado. Cuando el poder sanador de Cristo nos toca, y nos incorpora en su reino de paz, somos llamados a representar a Cristo ante los demás.

Cuando sobrellevamos los unos las cargas de los otros<sup>15</sup>, en medio de nosotros surge el reino de paz.

### *Conclusión*

Nuestro testimonio de paz seguirá fuerte y dinámico mientras quede profundamente enraizado en el suelo fértil que le da la vida: el Cristo Viviente que nos enseña y nos sana. Mientras nos conformemos al espíritu de Cristo, y no al espíritu de este mundo<sup>16</sup>, nuestro testimonio de paz será testigo del ministerio de reconciliación de Cristo. Cristo seguirá trayéndonos hacia el amor que el Padre le ha enseñado y que derrama sobre todo el mundo.

Yo soy la vid, vosotros los pámpanos;  
El que permanece en mí, y yo en él,  
éste lleva mucho fruto,  
por que separados de mí nada podéis hacer.

Como el Padre me ha amado,  
así también yo os he amado;  
permaneced en mi amor.  
Si guardareis mis mandamientos  
permaneceréis en mi amor;  
así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre,  
y permanezco en su amor.  
(Juan 15:5, 9-10)

Paz a vosotros...  
Paz a vosotros.  
Como me envió el Padre,  
así también yo os envío...  
Recibid el Espíritu Santo.  
(Juan 20:19-22)



---

<sup>15</sup> Gálatas 6:2

<sup>16</sup> Romanos 12:2

## **La Asociación de Amigos de los Amigos**

La Sección de las Américas del Comité Mundial de Consulta de los Amigos labora para facilitar la comprensión cariñosa de la diversidad entre los Amigos, mientras descubrimos juntos, con la ayuda de Dios, nuestras bases espirituales comunes; y para facilitar una consideración cabal de nuestros testimonios cuáqueros en el mundo. La Asociación de Amigos de los Amigos, un programa del CMCA, es un ministerio de publicaciones que busca honrar las voces de Amigos de distintos entornos, idiomas y tradiciones cuáqueras. Invitamos a todos a entrar en comunidad espiritual con los Amigos.

Publicado 2002  
conjuntamente por la  
**ASOCIACIÓN DE AMIGOS DE LOS AMIGOS**  
un programa de la *Sección de las Américas* del  
Comité Mundial de Consulta de los Amigos  
1506 Race Street  
Philadelphia, PA 19102 ■ EUA  
Tel: 215-241-7293 ■ Fax: 215-241-7285  
E-mail: [Americas@fwcc.quaker.org](mailto:Americas@fwcc.quaker.org)

y

The Tract Association of Friends  
1515 Cherry Street  
Philadelphia, PA 19102 ■ EUA  
Web Site: [www.tractassociation.org](http://www.tractassociation.org)